

La ideología del señor Leopoldo Lugones

Por ENRIQUE MOLINA

HA tenido el señor Leopoldo Lugones la gentileza de contestar (1) mi artículo intitulado *¿Ha sonado la hora de la espada?*, y le agradezco la forma en que lo ha hecho; pero ¡qué ideología la suya, válgame Dios! Aunque nada nueva en el fondo y muy deleznable, viene de un escritor de alto prestigio, y me parece tan aparejada de consecuencias funestas que no puedo dejarla pasar sin algunas observaciones.

Empieza el señor Lugones por quejarse de que yo haya incurrido en la debilidad de sospechar en él—a propósito de su discurso de Lima—adulación a Leguía e incitación al aplauso palaciego. Tal vez de alguna frase de mi mencionado artículo se infiere este pensamiento. Convengamos en que el texto del discurso del señor Lugones y las circunstancias en que fué pronunciado justificarían esta suposición; mas no tengo ningún inconveniente para aceptar como sincera la declaración en contrario que hace el señor Lugones.

Tomando pie de este detalle dice el señor Lugones: «como si fuera imposible hallar por ventura un solo demócrata capaz de creer en la probidad de los que no piensan como él. Pero nadie ignora que desde César hasta Luis Felipe y desde Séneca hasta Voltaire, la tolerancia fué siempre una virtud aristocrática».

No contestaré este párrafo por lo que a mí respecta. Creo poseer esa probidad (tal vez hasta el grado de la ingenuidad) que el señor Lugones niega a los demócratas. Pero ¿cómo aceptar eso de que «la tolerancia fué siempre una virtud aristocrática»? Las aristocracias han sido tal vez tolerantes dentro de ellas mismas, para con los individuos de su clase y siempre que los defectos o ideas que habían de tolerar no entrañaran una amenaza para sus privilegios. Pero respecto de las gentes que han estado en otras clases sociales, fuera de ellas, las aristocracias no han manifestado nunca tolerancia. Han sido simplemente desdeñosas, lo que es claramente distinto. Las demás clases no cuentan ni existen para las aristocracias. Forman simplemente la sombra necesaria en el cuadro en que ellas se destacan a la luz. Esto no es tolerancia. La verdadera tolerancia supone convivencia en medio de la diversidad, reconocimiento cordial de la hermandad humana, comprensión mutua y hasta dulce perdón para los yerros del semejante. Esta tolerancia, flor delicada de la más alta cultura, pueden poseerla las aristocracias cuando son amplias hasta democratizarse y las democracias cuando se aristocratizan afinándose.

El señor Lugones hace profesión de fe de individualista y de escéptico, para corroborar sobre esta base su culto de la espada.

«Profeso, dice, el culto de la minoría perfecta, el individualismo absoluto; no hago política ni pretendo conducir a nadie; carezco del fanatismo religioso que cree en la ley de Dios y del fanatismo ideológico que cree en la existencia de la Verdad. Sé que en el estado actual del conocimiento es imposible descubrir ninguna ley natural o divina; vale decir, ninguna adecuación irrefragablemente necesaria de los fenómenos a un dominio ilimitado de frecuencias».

¡Qué de cosas llamadas a causar deslumbramiento y qué inconsistentes en sí mismas o puestas en relación unas con otras!

(1) *El Hogar*, Buenos Aires, 10 de abril de 1925; y también REPERTORIO AMERICANO, número 8 del tomo en curso.

¿Valdrá la pena detenerse a considerar ese concepto del individualismo absoluto? Es tan insostenible. Pero las únicas razones para no pararse en él serían que el señor Lugones no lo hubiera expresado en serio, o que las palabras lo hubieran llevado más allá de lo que quería decir. Al señor Lugones y no a mí correspondería aclarar si ha ocurrido una de estas dos cosas.

¿Hay algo absoluto fuera del ser? Probablemente no y el señor Lugones lo reconoce así al atacar un poco más adelante la libertad y la democracia por medio del relativismo de los conceptos que proclama la ciencia contemporánea y que él hace suyo.

Nuestro poeta en el andar de pocas líneas se contradice entonces: primero hace alarde de su individualismo absoluto y luego, cuando le conviene para otro fin invoca el relativismo de todos los conceptos.

Esto ocurre en el plano del conocimiento. Llevado al campo de la realidad social y de la conducta el individualismo absoluto pasa a ser una de esas expresiones que no corresponden a nada efectivo y que resultan del poder que tiene el hombre de satisfacerse con palabras adosadas a su capricho. El individualismo absoluto es tan impracticable como la misantropía absoluta, como el egoísmo absoluto y también como la negación absoluta. Todos estos absolutos significarían la muerte. No podemos vivir prescindiendo de los servicios de los demás ni nos es dado eludir el servir a los demás.

Mayores son los reparos que cabe hacer a la tesis individualista si se entran a examinar los factores que conducen a su plenitud de desarrollo a cualquiera personalidad humana y, por consiguiente, a la que alardea de individualismo. Todos estos factores constituyen una negación palmaria de tal manera de encarar la vida social.

La personalidad de un ciudadano de cualquiera democracia moderna, digamos de un ciudadano argentino, y, por ende, del señor Lugones tal vez, se ha desenvuelto gracias a la acción de la rica educación nacional que en todos sus grados le ha proporcionado su patria, institución basada, no en el individualismo sino en el amor a esa misma patria, en el civismo, en la solidaridad social y en el ansia de progreso. Se ha desarrollado merced a la influencia de costosas bibliotecas y museos fundados por el interés de la cultura y no por el individualismo. De manera que la formación de la personalidad que ostenta su individualismo absoluto ha sido posible sólo, tan sólo gracias a los esfuerzos y cuidados inmediatos de las organizaciones nacionales y culturales que le han servido y a los sacrificios seculares de millares de hombres modestos que han pasado sus días en la cándida creencia, cándida y fecunda, de que lo mejor es vivir para un alto ideal de creación y servicio.

Pero no se me interprete mal. Hay un individualismo sano, y este es el que significa carácter dentro de la solidaridad humana, y libertad para pensar.

Ha dicho el señor Lugones que carece «del fanatismo religioso que cree en la ley de Dios y del fanatismo ideológico que cree en la existencia de la verdad». ¡Qué de problemas metafísicos y filosóficos apretados en cuatro líneas de un periódico! Porque aquí se plantean una grave cuestión metafísica, Dios, y todo el asunto de la epistemología o ciencia del conocimiento, la verdad; pero el señor Lugones sin mayor inquietud los resuelve rotundamente dentro de esas escasas líneas. Es cierto que él dice que cree tal y cual cosa y en